

CUENTO

LA MUJER DE ENFRENTA

Luis Chumacero / Facultad de Filosofía y Letras

Ella llegó con el último grupo. La dejaron abandonada, mientras le buscaban su lugar, y ahí la colocaron, enfrente de nosotros, como si sobrara.

Nadie sabe desde cuando estoy encerrado, pero yo sé que hay gente que se acuerda de mí y de un momento a otro vendrá para llevarme.

Siempre seremos los mismos. Nuestra apariencia y nuestra historia no cambiarán. Esta ha quedado sellada para siempre, y los instantes, aquí, en esta parte, no los sentimos fluir. Pero ella no lo sospechaba siquiera. Se enteró después de oírnos hablar, cuando la pusieron a mi lado. Entonces creí ser feliz, y, después de tanto tiempo, volví a soñar con una pasión que ya no me correspondía, porque mis sueños eran oscuros y lo único que los alegraba era su imagen desnuda con una plácida expresión.

Es muy tarde para que una mujer ocupe mis sueños. Las lamentaciones son inútiles. La fortuna quiso darme ahora la mayor satisfacción, cuando ya no tiene objeto luchar por ella, como si siempre se hubiera esforzado en martirizarme.

Ella llegó cuando yo creía que mi destino había terminado en apatía y resignación. Pero llegar aquí no significa su muerte, como si fuera una implacable cadena que no cesa de perseguirnos ni aun en la destrucción.

Jamás supe de dónde vino, ni siquiera su nombre, porque al igual que todos, ya lo habría olvidado, estoy seguro.

Alumbrada por la escasa luz de la lámpara, su cuerpo parecía llamarme. Ojalá la hubiera conocido antes. Pudo ser tan diferente, pero ahora es inútil. No tenemos nada que ofrecernos: sólo nuestra desnudez.

Lo que más nos duele es no poder sonreír. Por eso siempre seremos los mismos, con las mismas facciones y los mismos gestos. Los niños jamás crecerán, y los que tienen una expresión de dolor la tendrán eternamente.

Entonces, cuando supuso que vendrían a buscarla, decidió no dirigirme la palabra. Me ignoró por completo, y yo pensaba en ella con más fuerza. No soporté la situación, y le dije que tal vez, en su vida pasada habría tenido una posición envidiable. Aquí, en la Morgue, todos somos iguales.